

El Sanatorio Riazor, una auténtica experiencia interpretativa

Mavi Lezcano González
Escuela Universitaria de Turismo-CENP,
A Coruña

Después de casi tres cuartos de hora de conversación con mi amiga Marlene Anaya, llegué a la misma conclusión que en muchas otras ocasiones: el sistema educativo no nos convence, no permite desarrollar la creatividad en niñas y niños. Tú intentas hacer con ellos unas cosas y la estandarización de la escuela (al menos de las de los nuestros) los lleva a otras, con las que casi siempre entran en contradicción. No queda más remedio que sumarse, porque la sociedad también es así y si se funciona en contra de los sistemas establecidos llega el fracaso, seguro.

Me voy a referir a la idea que pusimos en práctica en mi centro de trabajo: la Escuela de Turismo de A Coruña¹. En ella llevo unos cuantos años tratando de transmitir a algunos alumnas y alumnos (se trata de una asignatura optativa), qué es la interpretación, por qué es una herramienta efectiva, cuáles son sus premisas, los principales medios, hasta las etapas de la planificación. Aunque siempre se le da una visión práctica, por medio de la realización de simulaciones dentro o fuera del aula, creía que había que hacer algo más.

Me propuse poner en marcha una experiencia auténtica, de verdad, con recursos reales e historias reales: interpretar nuestro edificio para difundirlo al público. Para ello pedí colaboración a compañeras y compañeros de otras disciplinas y a muchos estudiantes. Conseguimos formar un equipo muy variado² y, en lo que respecta al alumnado, voluntario. Es decir, no se les iba a premiar con una nota ni con dinero, pero igualmente quisieron participar. Podían poner en práctica de forma real lo que habían aprendido (habían cursado la asignatura con anterioridad, su nota ya estaba puesta y, además, tenían que dedicarle parte de su tiempo libre). Para mí, eso estuvo muy relacionado con el éxito de la idea. Quienes participaron arrimaron el hombro, creían en el proyecto y trabajaron para que todo saliese bien.

¹ Esta experiencia se presentó en forma de comunicación en las jornadas de la AIP celebradas en Alicante en 2008.

² El equipo estaba formado por alumnos y alumnas, docentes de Turismo, Publicidad y Relaciones Públicas. Sus nombres aparecen citados en la comunicación antes mencionada.

El edificio fue en el pasado un hospital, el Sanatorio Riazor. Todos lo sabíamos (en la ciudad hay quien sigue llamándolo así), pero no conocíamos absolutamente nada de lo que había entre esos muros ni lo que allí ocurría 50 ó 60 años atrás. “Si no se habla de una cosa es como si esta no hubiese sucedido”. Desde casi el principio se tuvo claro que había que trabajar en torno a esa idea: lo importante que es hablar de las cosas, si no, es como si no hubiesen estado nunca ahí. Como dice un amigo mío: “La gente muere definitivamente cuando dejas de hablar de ella”. Es cierto.

Otra frase que sirvió de punto de partida y de hilo conductor fue: “El pasado es presente y el presente es futuro”, la cual pretendía jugar con la idea de la importancia de recuperar y recordar el pasado para entender el presente y, como consecuencia, el futuro, teniendo, además en cuenta que, en el pasado, en el mismo edificio se “ponían a punto” los cuerpos de las personas y en el presente las mentes, pues tratamos de formar a futuras y futuros profesionales.

La etapa de documentación e inventario fue intensa. Visitas al archivo, a las bibliotecas locales, entrevistas con personajes reales que nos ofrecían sus testimonios (algunos *in situ*), y nos aclaraban: “esta puerta no estaba aquí, en esta zona había un banco de azulejos, allí hacíamos operaciones extracorpóreas con perros” (algo que pocos días después vimos hacer al mismísimo *Dr. House* y pudimos comprender de qué se trataba). Hablamos con vecinos, médicos, una enfermera, una persona de limpieza, familiares de los propietarios. Como suele ocurrir, cuanto más profundizábamos, más nos atraía descubrir el pasado. Claramente, había que contarlo.

Diseñamos una visita autoguiada (aunque después alumnas y alumnos estaban en el edificio acompañando a muchos de los visitantes y brindando explicaciones) desde la planta baja al último piso. Los tópicos con los que trabajamos fueron el sanatorio, la memoria, los antiguos habitantes y los nuevos. A lo largo del recorrido (señalado con marcas e indicaciones en el suelo), se distribuyeron unos 15 paneles, con frases-tema, reproducciones de documentos originales (como una multa encontrada en el archivo por construir un nivel más sin autorización municipal, algo de mucha actualidad, aunque sucedió en el pasado) y reproducciones de fotografías originales a gran tamaño (la más impactante, la de la mesa de partos del sanatorio).

Los audiovisuales también estuvieron presentes; algunas aulas (antiguas dependencias del sanatorio), además, se acompañaban de algún sonido evocador, por ejemplo un tic-tac como paso del tiempo, un niño llorando en lo que antaño fue paritorio o un corazón latiendo, que resultaron elementos muy provocadores para el público visitante.

La memoria fue la protagonista en este medio, pues casi todos los vídeos se centraron en ella. En tres salas vacías se proyectaban testimonios reales de personas vinculadas en el pasado y en el presente al edificio (Sala del recuerdo); fotografías de la zona en que se encuentra, desde el pasado hasta hoy (Álbum de fotos); y un último audiovisual sobre la publicidad de la época, en la que el sanatorio estaba en funcionamiento, con el fin de comprender algo más de la mentalidad o las tendencias del momento (años 40-50 del siglo pasado. Caja de la memoria). Todos fueron elaborados única y exclusivamente por alumnas y alumnos.

Quizás uno de los principales aciertos del proyecto fue el de no tratar de recrear antiguas estancias o ambientes. Decidimos únicamente sugerirlos. El mejor ejemplo y, según la evaluación, el más exitoso, fue el del aula 12, antes quirófano. La sala es prácticamente igual (algo más estrecha); teníamos una foto de la mesa de partos que así lo demostraba y el testimonio de un médico que lo confirmaba. Lo único que se hizo fue poner el cartel de QUIRÓFANO debajo del de Aula 12 (como se hizo en todo el edificio, en el que intentamos que convivieran el presente y el pasado, y que en ningún caso el pasado ocultara la situación actual) y mostrar la habitación totalmente vacía, solo decorada con una enorme foto de la terrible mesa de partos. El alumnado claro tuvo desde el principio el añadir dos elementos a la ambientación: acompañarla del llanto de un niño y, algo que resultó fundamental, un intenso “olor a hospital”. Todos sabían que la intervención de los sentidos era importante y pusieron todo su empeño en conseguirlo. Tengo que decir que mi escepticismo crecía por momentos cuando veía que probaban producto tras producto sin éxito, pues o bien olía a piscina o a cuarto de baño recién desinfectado. El día anterior al “estreno” seguíamos sin tener el olor y resignados a no utilizar la baza de los sentidos. Pero esa noche recibí una llamada de uno de ellos: “Mavi, tengo el olor”. Había sido “robado” de uno de los hospitales de la ciudad. Y ¡era exactamente lo que estábamos buscando! De hecho un médico confirmó que el olor a hospital estaba “muy logrado”, aunque señaló que él le hubiera añadido un ligero olor a tortilla.

Durante tres días acudió el público a visitarnos, alumnas y alumnos, profesorado, y personal de la escuela, sus familiares, habitantes de A Coruña que

todavía recordaban el edificio como sanatorio (algunos habían estado en él, ingresados, trabajando, de visita u “ocupándolo” cuando estaba abandonado), e incluso muchos que desconocían por completo su existencia.

Las opiniones fueron positivas, aunque no consideramos la evaluación del todo objetiva. Utilizamos el libro de visitas y la encuesta, pero con pocas respuestas, todas ellas positivas, lo que nos hizo pensar que solo habían contestado las personas que realmente habían quedado satisfechas. Lo importante es que para nosotros el éxito fue absoluto; habíamos conseguido ver la teoría hecha realidad; alumnas y alumnos lo sintieron como algo propio, algo “que ellas y ellos parieron”. Su creatividad estuvo presente al cien por cien, desde la gestación de las primeras ideas hasta el parto final. Lo sintieron suyo. La transmisión fue sincera y sentida. Y damos por sentado que la idea de tener en cuenta el pasado para entender el futuro no pasó desapercibida. Conseguimos entretener, revelar significados y que algo sucediera “entre las dos orejas” de los que nos visitaron y de nosotros mismos, los artífices.

¿Realmente les sirvió la experiencia como método de enseñanza? Habría que preguntárselo a ellas y ellos, ahora que han pasado unos cuantos años y ya están en el mundo laboral; pero seguro que sí, y con mucha más calidad y repercusión que las mismas horas empleadas en un aula, tratando de aprender con los métodos más convencionales. Ayer, antes de terminar este artículo, asistí a una conferencia en la que conversaban varios arquitectos. Entre el público, un estudiante de arquitectura, a la hora de hacer preguntas, se quejó del poco sentido práctico que tiene su carrera, cuando debería ser algo fundamental. Los conversadores, también profesores universitarios, reconocieron que sí, que como máximo se trabajaba con “simulaciones”.

Supongo que es lo que hacemos todas y todos. Con simulaciones de visitas guiadas, por ejemplo, es con lo que solemos trabajar, tan simuladas que en mis clases a veces llegan a inventarse que el edificio en el que nos encontramos es una cárcel o que el estadio de Riazor es un anfiteatro romano. Y, aunque llegamos casi a creérnoslo, hay que decir que con esta experiencia pudimos vernos inmersos en un “hecho real”, no una simulación. De ahí el éxito.

Espero poder verme en una situación similar en el futuro. Probablemente, el alumnado ha aprendido, ha obtenido conocimiento y ha mejorado su “saber hacer”, pero yo mucho más. Siempre digo que aprendo yo mucho más de ellos que ellos de mí.

Y la escuela sigue oliendo a hospital.